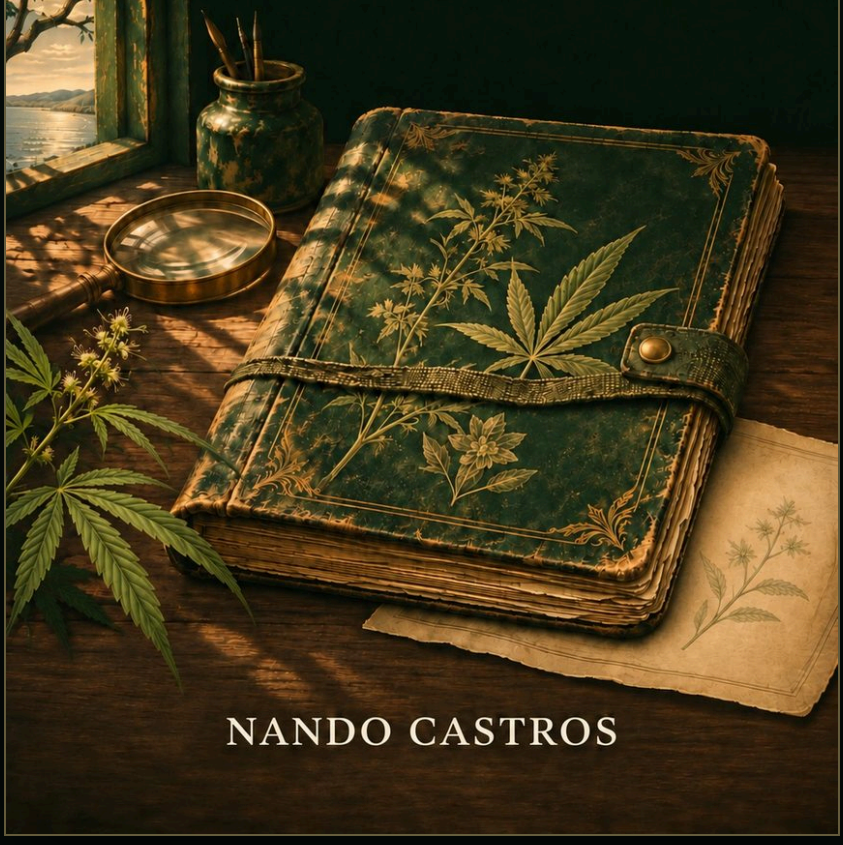
Green Veil

I

LA HERENCIA OCULTA

LA SAGA DE CHAD



NANDO CASTROS

MUESTRA GRATUITA OFICIAL · PRÓLOGO + CAPÍTULOS 1 Y 2

GREEN VEIL · SAGA COMPLETA DE SEIS LIBROS

Green Veil — Libro I

La herencia oculta

NANDO CASTROS

Muestra oficial gratuita de Green Veil — Libro I: La herencia oculta, con el Prólogo, Capítulo 1 y Capítulo 2 íntegros.

Todos los derechos reservados © Nando Castros / Grow-X Co. Tecnologias Ltda.

Página oficial y aviso prioritario de publicación: https://greenveil-zeta.vercel.app/?lang=es#pedido

Prólogo La llave por dentro

El agua ya había alcanzado los huevos cuando la hembra regresó.

Bajó a cuatro patas por la orilla inclinada. Las patas traseras, más fuertes, sostenían el peso del cuerpo mientras las delanteras buscaban apoyo; la larga cola se alzaba detrás de ella para compensar la pendiente. La piel de pequeñas escamas rozaba las ramas y dejaba en ellas un brillo húmedo. Era un dinosaurio de lomo voluminoso y cabeza estrecha en relación con el cuerpo, con la parte delantera del hocico ensanchada en un borde rígido. Al bajar la cabeza entre las hojas, encontró el nido parcialmente deshecho. El río se había llevado un trozo del borde. En el lugar donde su cuerpo había comprimido hojas y tierra, la corriente había dejado una superficie lisa, marrón, sobre la que pequeños insectos buscaban apoyo. La hembra acercó el hocico. El huevo más próximo giró bajo la presión del agua y golpeó otro con un ruido seco.

Sobre el valle, las nubes bajas se deshacían entre las copas. Había llovido toda la noche. De los árboles llegaba el olor de las cosas abiertas por la humedad: cortezas hendidas, frutos partidos, madera ablandada en cuyo interior trabajaban otros cuerpos. El río, antes dividido en canales por bancos de arena, ocupaba ahora todo el paso. Arrastraba ramas, hojas, animales muertos. Más adelante, un tronco atrapado entre dos piedras desviaba el agua y hacía subir una espuma color de barro.

La hembra empujó el huevo de vuelta al centro del nido.

En las tierras altas, la crecida seguía aumentando. La hembra trabajaba junto a la orilla conocida, guiada por el calor conservado en la cavidad y por el contacto del hocico con los huevos. Con el hocico,

trajo material seco de un tramo más alto. El agua atravesó la barrera antes de que terminara. La hembra volvió a subir, volvió a arrancar hojas. Un ruido lejano le hizo levantar la cabeza, pero cesó, y ella volvió al trabajo.

Bajo las raíces expuestas de un árbol, un pequeño mamífero retrocedió hacia el interior de la madriguera. El techo estaba húmedo. Buscó con el cuerpo la parte menos fría, chocó con los otros y hundió el hocico en el pelo de uno de ellos. La tierra le transmitía vibraciones demasiado grandes para distinguirlas. Afuera, la hembra volvió a moverse; una piedra bajó por la orilla y cerró parcialmente la entrada.

Había sesenta y seis millones de años entre aquella mañana y los hombres que intentarían reconstruirla.

La orilla se desharía, sus capas se desplazarían, el propio curso del río quedaría borrado bajo paisajes sucesivos. La hembra empujó otro huevo junto al primero.

La luz cambió mientras la hembra buscaba más hojas.

Primero fue una claridad sobre las nubes, lejos del sol. Después, las sombras de los árboles se movieron en una dirección que el viento no explicaba. El animal se quedó inmóvil. Aún sostenía una rama en la boca; de sus hojas pendían gotas. Alrededor del valle, otros cuerpos interrumpieron lo que hacían. Una bandada alzó el vuelo desde las copas y se dispersó sin mantener la formación.

Lo que atravesaba el cielo había venido de muy lejos.

En el frío anterior a aquella atmósfera, el cometa había parecido un cuerpo más en movimiento, materia siguiendo su trayectoria entre otras materias. Pero su paso hacia la Tierra había sido elegido. Seres para quienes aquella distancia no era un impedimento habían enviado con él algo que sobreviviría a la desaparición de casi todo lo que lo rodeaba.

La Semilla.

Dentro de ella viajaban dos herencias que los humanos llamarían ADÁN y EVA. Viajaban también las posibilidades de una planta que atravesaría sus campos, sus casas y sus cuerpos. Cannabis. Ninguna de aquellas palabras existía en la Tierra sobre la que acababa de caer la luz.

El motivo había quedado con quienes habían elegido la trayectoria.

La hembra soltó la rama.

La claridad alcanzó el fondo del valle, penetró bajo las copas y reveló por un instante cada nervadura de las hojas vueltas hacia el cielo. El pequeño mamífero se apretó contra los otros. En la entrada de la madriguera, la piedra temblaba. La primera violencia llegó por el suelo; la siguiente alcanzó los árboles y dobló sus partes más altas. El río saltó contra la orilla. La hembra bajó el cuerpo sobre la cavidad.

Después, el agua pasó por donde había estado el nido.

Durante mucho tiempo, la luz no volvió de la misma manera.

Hubo hojas que se secaron antes de abrirse. Los animales recorrieron distancias que antes no necesitaban recorrer y encontraron, al final, la misma carencia. Cuerpos grandes cayeron en lugares donde ningún otro consiguió aprovechar toda la carne. Pequeñas vidas resistieron en grietas, bajo el suelo, dentro de la madera muerta. El hambre se extendió hasta los lugares antes más abundantes. En los claros abiertos por los árboles muertos, el frío alcanzaba el suelo durante noches cada vez más largas.

La madriguera de la orilla también desapareció.

En otro lugar, bajo otra raíz, un animal encontró refugio suficiente para pasar una noche. Al amanecer, volvió a salir en busca de alimento.

La Semilla permanecía. Entre su llegada y los primeros humanos transcurrirían millones de años, atravesados por cambios demasiado pequeños para ser vistos durante una vida. Linajes enteros terminarían

antes de que aquellas posibilidades encontraran, en otros cuerpos, condiciones para proseguir.

El agua abrió otros caminos. Las piedras expuestas se convirtieron en suelo. Los bosques crecieron donde no había habido sombra y retrocedieron donde el frío se demoró. El mar cubrió tierras y dejó otras al descubierto. En lo que persistía había parentesco; había también pérdidas que jamás se recuperarían.

Mucho después, una hembra de primate tendió la mano a una cría que no conseguía alcanzar la rama.

La cría se aferraba con fuerza a lo que estaba a punto de romperse. Ella tuvo que bajar más de lo que parecía seguro, sosteniendo su propio peso en una horquilla estrecha. Cuando consiguió tocarla, la cría no soltó de inmediato el apoyo anterior. Sus dedos quedaron atrapados entre la necesidad de alcanzar y el miedo a caer. La madre la atrajo contra el vientre. La rama cedió después, golpeando de hoja en hoja hasta el suelo.

Otros aprenderían a hacer cosas observando manos. Otros guardarían alimento, volverían por un herido, trabajarían una piedra hasta que el borde cortara. Ciertas maneras de trabajar se perdían; otras llegaban modificadas a las manos de quien observaba. La Tierra aún tendría muchos paisajes antes de que alguien conservara una historia en ausencia de quien la había vivido.

Cerca de un fuego, alguien contaría cómo una persona muerta había encontrado un camino. Quien escuchaba pediría que le mostrara dónde. La historia continuaría a la mañana siguiente, en los pies que buscaban el paso.

Y, entre las plantas que aquellas manos conocerían, una conservaba una relación con la Semilla que ningún uso cotidiano agotaba.

Del cannabis harían fibra, guardarían semillas, aprenderían olores distintos bajo la misma apariencia de hoja. Cosechas enteras pasarían

por personas que jamás sospecharían lo que llevaban consigo. En otros cuerpos, bajo condiciones que nadie dominaba por completo, el encuentro con la planta abriría una profundidad difícil de soportar. Después, al intentar contar lo que habían sentido, esas personas descubrirían cuánto les faltaba en su propia lengua.

***

La llave estaba del lado de dentro de la puerta.

Elian se fijó en ella porque Mara había preguntado si podía salir. Así que había una llave. Una argolla de hierro, el diente desgastado, el vástago apoyado contra la madera. Cualquiera que cruzara el pasillo podía verla. Ningún cerrojo los separaba del patio donde la ropa se secaba en una tarde de primavera, hacia el año mil trescientos veinte.

—Puedo —dijo él.

Mara esperó.

Elian fue hasta la puerta, la abrió y dejó a la vista el pasillo: pared encalada, una mancha de humedad junto al suelo, el banco donde las visitas aguardaban a que alguien las acompañara. Al fondo había una segunda puerta, también abierta. Una mujer pasó llevando una cesta y los saludó.

—¿Lo ves?

—Te pregunté si puedes salir conmigo.

Él mantuvo la mano en el picaporte un instante más. Después cerró la puerta, sin girar la llave.

Mara había puesto sobre la mesa un envoltorio de tela. Había traído pan y dos prendas que había terminado en casa. La más pequeña aún conservaba una punta de hilo en la manga. Elian conocía su manera de cortar el hilo con los dientes cuando no encontraba la cuchilla; la imaginó inclinada junto a la ventana, impaciente consigo misma, y

sintió una extraña añoranza por una vida a la que solo tenía acceso a través de visitas.

—Hablé con ellas —dijo.

—¿Qué respondieron?

—Que lo van a considerar.

—Lo consideraron en invierno.

—El camino estaba mal.

Mara miró la franja de sol sobre el suelo.

Él se sentó. La silla era la misma en la que había aprendido a leer, aunque ya le habían cambiado el asiento y reparado el respaldo. Durante años, aquello le había parecido una prueba de continuidad. Ahora el recuerdo de la infancia se aferraba a la madera con una fuerza incómoda.

La casa lo había acogido de pequeño. No le había faltado alimento. Lo habían atendido durante las fiebres, alguien le había enseñado los nombres de las plantas, otra persona había pasado noches mostrándole cómo comparar registros que parecían contradecirse. Había cariño en aquel lugar. Elian recordaba unos dedos fríos sosteniéndole la frente durante una fiebre y la alegría escandalosa de una de las mujeres cuando había conseguido levantarse de la cama. Si llamaba prisión a aquella casa, tendría que escuchar después el sonido de su propia palabra.

Mara abrió el envoltorio.

—Mi hermana se va a quedar con la habitación más grande. La otra todavía sirve.

Elian tocó el pan, pero no lo tomó.

—Ya lo has decidido.

—He decidido que no puedo dejar mi vida esperando una respuesta que nunca llega. Sobre nosotros, he venido a preguntar.

La había conocido durante una tarea tan corriente que después le había parecido ofensivo buscar en ella una señal. Mara arreglaba prendas para la casa. Un día le había faltado espacio en la mesa; Elian había apartado una cesta, había derramado casi todo lo que contenía y había oído un comentario suyo que lo había hecho reír mientras intentaba recoger lo que caía. Ella no sabía entonces que él era alguien sobre quien se escribían informes. Cuando lo supo, siguió irritándose por su tendencia a dejar objetos exactamente donde otras personas necesitaban trabajar.

En la visita siguiente, él intentó dejar libre la mesa. Mara entró, miró la superficie vacía y preguntó dónde había escondido lo que estaba encima.

—Lo ordené.

Ella abrió el arca junto a la pared. La cesta cayó de lado y esparció por el suelo todo lo que él se había tomado el trabajo de recoger.

Mara se agachó. Elian fue a ayudarla y se golpeó la frente con el borde de la mesa. Se quedaron sentados entre los objetos, riendo en voz baja para no atraer a nadie del pasillo. Cuando ella le puso los dedos en el lugar del golpe, él contuvo la respiración.

—¿Todavía te duele?

Él dijo que no, aunque le dolía.

Mara se acercó. El primer beso salió torcido porque Elian intentó levantarse en el mismo instante. Ella lo sujetó de la manga y lo atrajo de nuevo.

Después, él pasó días encontrando pequeños objetos que habían rodado debajo de los muebles. Los guardaba en la mesa. Mara, al verlos juntos, sabía de dónde habían salido.

Elian empezó a acompañarla por el patio, después hasta el camino. Las conversaciones se alargaron. Una de las depositarias los vio juntos y aquella noche le preguntó si estaba contento. Elian dijo que sí.

Durante algún tiempo, no advirtió que la pregunta ya se había incorporado a otra conversación, en otra estancia, en la que él no participaba.

Cuando propuso irse a vivir con Mara, lo llamaron a la sala de registros.

Le dijeron que tenían que pensar en la seguridad de ella. Después, en la de él. Después, en lo que podría ocurrir si tenían hijos. Elian preguntó qué sabían que iba a ocurrir. Le respondieron que precisamente porque no lo sabían debían esperar.

Mara había dejado de traer una prenda que había empezado para él. Dijo que se había acabado la tela. Elian no preguntó por qué no había comprado más.

La primera vez que Mara le había pedido que le contara la historia, estaban en el patio de atrás.

Ella separaba las fibras de un tallo ya seco, retirando un trozo que había escapado a la preparación. El hilo que había usado en el arreglo era demasiado grueso para aquella manga. Elian le había ofrecido otro. Mara probó su resistencia entre los dedos y preguntó de dónde venía.

Él señaló las plantas junto al muro.

—Ese, de una cosecha antigua.

—Te pregunté por el hilo. Miraste como si te hubiera pedido otra cosa.

Elian se agachó a su lado. Había una hoja pegada a la tierra mojada. Su punta se curvaba sobre un pequeño agujero, y él la retiró para que el agua escurriera.

—Aquí dicen que todo empezó con una Semilla.

Mara esperó el resto. Él estaba acostumbrado a oír aquella palabra en salas donde nadie necesitaba preguntar por qué adquiría un peso

distinto. Fuera de allí, podía ser tan solo el comienzo de una historia sobre el campo.

Lo contó como lo había aprendido: una cosa enviada desde muy lejos, en el camino de un astro que traía una cola de luz. Una llegada anterior a los primeros hombres. La planta que conocían por los dedos, por la fibra, por el olor, guardaba parte de lo que había venido. Las personas habían recibido una tarea de protección, pero no la historia entera.

Mara buscó la punta rota del hilo.

—¿Quién lo vio?

—No había gente para ver la llegada.

—Entonces, ¿quién lo contó?

Elian abrió la boca y advirtió que había pasado por alto un intervalo enorme. Había historias de encuentros, de enseñanzas y de gente que había conservado lo que había entendido. Una persona se lo había repetido a otra; en la casa comparaban relatos que no siempre coincidían. De niño, él había querido saber cómo podía alguien recordar una Tierra en la que todavía no vivía. Había recibido una explicación tan larga que recordaba mejor el cansancio que las palabras.

—Dijeron que hubo un tiempo en que hablaban con nosotros —respondió.

—¿Los que la enviaron?

—No sé si eran los mismos.

Mara no se rio. Eso lo obligó a soportar la respuesta sin defenderse de ella.

Él habló del alejamiento. Los que venían habían dejado de venir; los humanos seguían con lo que habían aprendido y con lo que habían perdido. Ninguna de las depositarias los había conocido. Aun así,

cuando discutían el futuro de Elian, a veces hablaban como si la respuesta pudiera llegar de fuera y eximirlas de elegir.

Mara alzó la fibra.

—Y me dan esto para arreglar una manga.

—¿Te parece poco?

—Me parece que la manga tiene que durar.

Ella pasó el hilo por la tela. Elian vio la piel junto a la uña retraerse bajo la presión. La planta estaba en aquella prenda sin dejar de ser lo que intentaban comprender en las salas cerradas. Él siempre había oído las dos cosas en ocasiones distintas.

—No es la propia Semilla —dijo, señalando el bancal.

—No pensé que lo fuera.

Él sonrió, avergonzado.

—A veces necesito recordarlo.

Mara terminó la puntada y le dio la manga para que se la probara. La tela no tiraba. Elian dobló el brazo, satisfecho; después volvió a mirar las plantas. Durante años le habían hablado de preservar lo que había pasado de una vida a otra. Cuando preguntaba por su propia vida, le pedían que no se apresurara.

Aquella tarde aún no supo relacionar las dos cosas. La pregunta volvió cuando empezaron a buscar una casa.

***

—Quiero irme —dijo ahora.

Mara soltó la tela que sostenía.

—Entonces ven a la reunión conmigo —dijo Elian.

Ella respiró hondo. La propuesta le pedía que entrara en el lugar donde se examinaba la vida de Elian como si perteneciera a la casa.

Pero también era la primera vez que él la invitaba a escuchar la respuesta entera.

—Iré —dijo.

Las dos depositarias los recibieron antes de la comida de la tarde. Una de ellas tenía la rodilla rígida y necesitó apoyar la mano en la mesa para levantarse. Elian esperó a que se acomodara. Había aprendido a ofrecer ayuda sin convertir el dolor de ella en un asunto que se discutiera delante de todos.

En la pared, un listón de madera mantenía extendidas unas hojas sueltas. La estancia olía a papel antiguo y al aceite usado para engrasar una bisagra. Por la ventana entraba el ruido de alguien barriendo el patio. Nada allí parecía preparado para decidir una prohibición.

Elian entregó la petición escrita.

Había tardado dos noches en terminarla. En la primera versión había explicado de nuevo cuánto debía a la casa. En la segunda había quitado la mitad de esas frases, no porque dejaran de ser ciertas, sino porque pedían disculpas por algo que él todavía necesitaba aprender a afirmar.

Quería vivir con Mara. Se ofrecía a continuar parte del trabajo; describía la casa, la distancia, cómo se mantendrían. Al final había intentado decir que la comida recibida desde niño no podía convertirse en una deuda para toda la vida. Había reescrito ese pasaje tantas veces que la hoja estaba más fina bajo las palabras.

La depositaria a la que le dolía la rodilla leyó hasta el final y pasó la hoja a la otra.

—Sabes por qué tu situación exige cuidado —dijo.

Elian conocía las palabras: raro, integración, herencia. Una vez había oído híbrido al otro lado de una puerta. La depositaria había intentado explicárselo. Recordaba haber preguntado si eso se pasaba con la edad.

—Sé por qué ustedes me piden cuidado.

La otra depositaria bajó la petición.

—Esto puede afectar a personas que no están en esta sala.

—¿A cuáles?

Ella empezó a responder en términos generales. Elian la interrumpió, después se calló, avergonzado por la brusquedad. Mara no lo salvó del silencio.

—Necesito saber de quién estamos hablando —dijo él—. Si hay alguien en peligro por mi causa, necesito poder entender el peligro.

La depositaria de más edad se apretó la rodilla con los dedos.

—No todos los peligros tienen nombre antes de ocurrir.

Elian miró a Mara. Ella mantenía las manos sobre el regazo, inmóviles de una manera que él reconocía como un esfuerzo.

—¿Y cuánto tiempo tengo que esperar?

Ninguna respondió.

Una carreta pasó por la calle. El sonido creció, sacudió levemente el cristal mal sujeto de la ventana y se alejó. La mujer que barría el patio llamó a otra para que la ayudara con algo pesado.

—Hasta que estemos en condiciones de proteger la vida que pretendes llevar —dijo la depositaria de más edad.

Mara se inclinó hacia delante.

—La habitación existe. El trabajo existe. Mi familia sabe que queremos vivir juntos. Lo que falta no es una vida.

La mujer la miró con tristeza verdadera.

—No conoces todo lo que él lleva consigo.

Mara se puso roja. Elian conocía aquella señal; era el instante anterior a una respuesta que ella tendría que soportar después.

—Conozco al hombre con el que quiero vivir —dijo—. Lo que no conozco, se lo pregunto a él.

La depositaria empezó a hablar de descendencia.

Fue entonces cuando Elian retiró la mano del borde de la mesa.

Mara le había dicho una tarde que prefería una casa con ruido. Él había preguntado qué ruido. Ella lo había mirado hasta que él entendió. Se habían reído de los nombres terribles que podrían ponerle a un niño y después se habían quedado sin tema de conversación, avergonzados por la osadía. Ahora la mujer que tenían delante hablaba de aquel futuro con la misma voz con la que preguntaba por las provisiones del invierno.

La depositaria de más edad volvió a mirar la petición.

—No estamos guardando solo una habitación, Elian.

Él reconoció la historia antes de que empezara. La Semilla, la planta, lo que había pasado por tantos cuerpos hasta alcanzar a quienes vivían allí. La mujer hablaba en voz baja, sin solemnidad. Había sido ella quien le había mostrado cómo retirar las partes podridas de una planta joven sin cortar también las sanas. Elian no conseguía escucharla como si el cuidado nunca hubiera existido.

Mara preguntó:

—¿Lo que recibieron para guardar terminaba en esta casa?

La más joven levantó el rostro.

—No.

—Entonces tiene que continuar fuera de ella también.

—Estás hablando de una planta como si fuera lo mismo.

Mara miró a Elian. No esperaba que él dejara que otra persona respondiera por su cuerpo después de haberla invitado a entrar.

Él conocía la diferencia. La planta podía volver a plantarse, parte de una cosecha podía morir y aun así habría otra. No existía otro Elian

que le llevara a Mara la vida aplazada de aquel. Pero precisamente por eso el argumento de la preservación ya no le parecía completo.

—Ustedes dicen que los antiguos se alejaron para dejar que las personas aprendieran —dijo—. ¿Qué tengo que aprender para poder irme?

La mujer de más edad se pasó la mano por la rodilla.

—Ellos pudieron alejarse. Nosotras nos quedamos con el peligro.

La respuesta le quitó la frase siguiente. No podía prometer que la historia dejada a los humanos fuera algo sencillo. Había visto miedo verdadero en aquella casa, pérdidas que las mujeres no usaban solo para conseguir su obediencia. Mara seguía a su lado. La existencia del peligro no decidía por ella.

Elian volvió a la parte de la petición en la que había descrito el trabajo. Si necesitaba vivir cerca, vivir cerca era una condición que podía discutir. Si había un camino que no pudiera recorrer solo, quería saber cuál. Esperaba una medida que le permitiera preparar el día siguiente.

La depositaria más joven recorrió las líneas con el dedo. Ninguna bastó para cambiar la respuesta de la otra.

Él se levantó.

—No voy a prometer que nunca tendré hijos.

La depositaria más joven dobló la petición, pero volvió a abrirla de inmediato, como si el gesto hubiera sido precipitado.

—No estamos pidiendo eso.

—Me están diciendo que no puedo irme hasta que sepan qué ocurriría si los tuviera. ¿Cómo van a saberlo?

La mujer miró a la otra.

Elian esperó de pie. La silla detrás de sus piernas parecía la misma en la que se había sentado de niño, oyendo que aquel asunto se lo

explicarían cuando creciera.

La petición fue rechazada.

No usaron la palabra rechazo hasta que Mara preguntó cuál era, al fin y al cabo, la decisión. Dijeron aplazamiento. Dijeron prudencia. Dijeron que la casa no podía asumir aquella responsabilidad. Mara preguntó si podían asumir la responsabilidad por la vida que estaban impidiendo.

La mujer de más edad, exhausta, respondió que alguien tenía que hacerlo.

Elian salió con la hoja en las manos.

En el patio, el sol había cambiado de pared. Alguien recogía la ropa. Un aprendiz reconoció a Mara y le pidió que mirara una costura abierta; ella dijo que volvería otro día. Elian apretó la hoja hasta oír cómo se arrugaba el papel. El aprendiz le miró la mano y se alejó, incómodo.

Cerca de la puerta exterior, Mara se detuvo.

—Puedes venir conmigo ahora.

Elian miró hacia fuera. Vio la calle, el tramo de sombra donde el agua caía de un canalón, un hombre que llevaba haces al hombro. No había soldados delante de la casa.

Pero todo lo que le había permitido vivir estaba allí: alimento, trabajo, acceso a las personas que comprendían sus experiencias, el cuidado durante los días en que no conseguía explicarlas. Fuera de aquellos muros tendría que construir al mismo tiempo una vida y la capacidad de sostenerla. Habían llamado protección a aquello durante tanto tiempo que la dependencia se había vuelto difícil de distinguir del propio cuerpo.

—Necesito prepararme —dijo.

Mara cerró los ojos un momento.

Cuando los abrió, no había desprecio en ellos. Eso dolió más.

—Prepárate —respondió—. Pero no me pidas que llame elección a lo que hicieron aquí.

Ella le tocó el rostro. Elian apoyó la frente contra la suya, sintiendo el olor de la calle en su cabello, un resto de sol en la tela del manto. Después Mara se apartó. Caminó sin prisa hasta la esquina y desapareció antes de que él consiguiera formar otra frase.

Aquella noche, la depositaria más joven volvió a leer la petición.

El resumen destinado a las otras casas solo decía que la salida había sido aplazada por razones de protección. La hoja extensa conservaba las condiciones ofrecidas por Elian, la pregunta sobre los peligros, la negativa a prometer que jamás tendría hijos. En el pasaje reescrito, una palabra había atravesado el papel.

La mujer añadió una objeción al pie de la transcripción. Su mano vaciló antes de la primera palabra. Ella también temía lo que no comprendía. Había visto personas heridas después de una exposición descuidada, nombres que circulaban más deprisa de lo que los cuerpos podían huir. Al cerrar los ojos veía a Mara esperando una respuesta y a Elian de pie, sin saber dónde poner las manos.

Escribió hasta completar la frase.

El resumen partió a la mañana siguiente. La objeción se quedó en la casa.

En la habitación, Elian dobló la ropa que Mara le había traído. La guardó junto a las demás prendas, abrió la puerta y se quedó mirando la llave del lado de dentro.

***

La tarde de la visita, al dejar a Elian, Mara había vuelto a casa de su hermana antes de que la sombra alcanzara el umbral. La habitación más pequeña estaba abierta. Habían retirado el arca de la pared y la

marca en la cal mostraba dónde había estado apoyado el mueble durante años. En el suelo había un bulto de ropa de cama que ella había llevado por la mañana.

Su hermana apareció con una palangana en las manos. Miró detrás de Mara y después el envoltorio que ella aún llevaba.

—¿No ha venido?

Mara dejó el pan que había sobrado de la visita.

—Hoy no.

Su hermana no preguntó cuándo. Llevó la palangana a la cocina, y Mara agradeció en silencio no tener que defender a Elian antes siquiera de entender lo que sentía. Entró en la habitación. La ventana se atascaba en el último palmo; tiró de ella, la madera gimió y un poco de polvo cayó sobre el alféizar.

Allí era donde pensaban poner la mesa. Elian necesitaba luz para el trabajo minucioso. Lo había explicado con tanto cuidado que Mara había empezado a medir la claridad durante las visitas a su hermana: por la mañana hasta la piedra del suelo, después solo sobre la pared. No era una vida imaginada de una vez. Se había ido haciendo de preguntas pequeñas, de la altura de un estante, del lugar donde dejar los zapatos mojados, de cuánto cobrarían por una prenda arreglada.

Desdobló la ropa de cama. Encontró la costura que había dejado sin terminar y buscó la aguja prendida en el borde. Por un instante pensó en guardarlo todo. Después acercó el banco a la luz.

Cuando su hermana volvió, Mara ya estaba trabajando.

—¿Quieres que te siga guardando la habitación?

La pregunta la hizo apretar la tela. No podía reservar una vida entera y llamar paciencia a aquello. Tampoco quería responder por Elian con la misma facilidad que las mujeres de la casa.

—Por ahora —dijo—. Pero voy a hablar con él.

—¿Otra vez?

Mara asintió. Su hermana acercó la palangana para que se lavara las manos antes de comer. Había harina en los dedos de ambas. El gesto corriente la desarmó; solo entonces advirtió cuánto se había esforzado por no llorar delante de las depositarias.

En la casa, Elian bajó a comer. Su lugar de siempre seguía libre. Le sirvieron la porción que conocían, alguien preguntó por la tela nueva, un muchacho pidió ayuda para entender una anotación. Él respondió al muchacho. Comió. La gratitud no había desaparecido con el rechazo y, por eso, no conseguía usarla como medida de lo que le habían hecho.

Después llevó el cuenco a la cocina. La mujer junto a la palangana quiso quitárselo de las manos. Elian le pidió que le permitiera lavarlo. Ella cedió, sorprendida, y le mostró dónde estaba el paño.

No necesitaba aprender a lavar un cuenco. Necesitaba descubrir cuántas cosas hacía porque las había elegido y cuántas había dejado de aprender porque alguien siempre se adelantaba. Se quedó allí hasta el último utensilio. Cuando volvió a la habitación, la llave aún colgaba del lado de dentro.

Se sentó ante la petición rechazada. En el reverso de otra hoja empezó una lista: trabajo, alimento, traslado. Junto a traslado escribió el nombre de Mara, se detuvo y lo tachó. Ella no era una disposición que él pudiera tomar por su cuenta. Dejó el espacio en blanco para preguntárselo.

El pasillo se fue quedando en silencio. Elian trabajó sin ocultar la luz bajo la puerta.

Capítulo 1 — La casa que quedó

Chad despertó con los dedos cerrados sobre la sábana.

Tomó aire y encontró la habitación: la franja de claridad entre las cortinas, la camiseta caída de la silla, el ventilador girando encima de él. El corazón seguía corriendo. Soltó un dedo cada vez. Había apretado la tela hasta que la uña del pulgar le había marcado la palma.

Se sentó en el borde de la cama, con los pies descalzos buscando el suelo frío. Se quedó así hasta conseguir tragar. Afuera, un pájaro repetía tres notas. En la tercera, siempre más aguda, Chad cerraba los ojos.

El vaporizador estaba en el cajón de la mesa de noche. Lo tomó sin encender la luz. Conocía su pequeño peso en la mano, el arañazo junto al botón; había mañanas en que lo buscaba antes incluso de saber la hora. Abrió un poco la ventana y permaneció junto a ella, en camiseta y calzoncillos, con el aparato entre los dedos.

El sabor del cannabis le quedó en la lengua. Abajo, el jardín seguía mojado. Una gota pendía de la larga punta de una hoja y crecía despacio, reuniendo el agua que bajaba por la nervadura. Chad siguió su recorrido. Cuando la gota cayó, sintió un movimiento muy leve en el centro de la mano.

Se miró la palma.

La marca de la uña seguía allí.

Volvió a la ventana. Por un instante, la distancia hasta la planta pareció demasiado corta. Tuvo la impresión de que bastaría con mover los dedos para sentir la hoja ceder; junto a ella, unas ganas absurdas de reír, tan fuera de lugar en aquella habitación que le dieron vergüenza.

Debajo de la alegría había otra cosa, honda y sin forma, que le apretó la garganta.

Retiró la mano antes de darse cuenta de que la había extendido.

—Ya está —murmuró.

La contraventana golpeó el marco. Él se apartó, dio con la rodilla en la silla y la palabrota le salió fácil. El dolor pequeño ayudó a encontrar los límites de la habitación. Dejó el aparato sobre la mesa y abrió más la cortina.

La luz alcanzó la fotografía junto a la cama.

Sandy se estaba riendo. El viento de Kioto le había levantado el cabello castaño, dejando a la vista las hebras claras cerca de la frente, y un mechón le cruzaba la boca. Su madre sujetaba el brazo de Michael como si estuviera a punto de arrastrarlo fuera del encuadre. Tenía el rostro estrecho, arrugas en las comisuras de los ojos y aquella inclinación de cabeza que Chad conocía bien: acababa de decir algo y esperaba que el otro le encontrara la gracia.

Michael todavía intentaba mantener la seriedad. En la foto, su cabello corto, oscuro y canoso en las sienes parecía peinado con la mano. El sol acentuaba la piel morena y la línea fuerte de la mandíbula. Era más ancho que Sandy, ocupaba casi la mitad de la imagen, pero quien decidía adónde iban los dos era ella. Una de sus manos cubría los dedos de su mujer sobre su brazo. Chad recordaba el tamaño de aquella mano envolviendo la suya para apretar un tornillo, y cómo su padre siempre acababa entregándole la herramienta antes de terminar el trabajo.

Había dejado la fotografía allí porque era una de las pocas en las que ninguno de los dos lo miraba a él.

Tomó el portarretrato. El pulgar dejó una marca en el cristal, sobre el abrigo de Michael. Pasó el borde de la camiseta para limpiarla, extendió la grasa y desistió.

Quiso preguntar qué había dicho su madre en aquel instante.

El fotógrafo no aparecía. Él se había quedado en casa durante aquel viaje, metido en algún asunto que, a los dieciséis años, había hecho imposible pasar dos semanas con sus padres. Aún recordaba la convicción. El asunto, no.

Apoyó el portarretrato contra el pecho un segundo, con la esquina dura contra el esternón, antes de devolverlo a la mesa.

En el baño abrió el grifo y esperó a que el agua se enfriara. Se echó dos manos llenas de agua en la cara. El choque lo hizo apoyar los codos en el lavabo; unas gotas bajaron de la barba rala a la loza. Levantó la cabeza.

El cabello pelirrojo estaba aplastado de un lado y levantado del otro. Intentó bajar el mechón que le caía sobre la frente. Volvió casi al mismo lugar. Bajo las cejas también cobrizas, los ojos claros estaban enrojecidos en los bordes. La barba de unos días daba a la mandíbula una sombra irregular que ya se había prometido quitar la víspera.

Veinte años, pensó, mirando la marca de la almohada en la mejilla. Sandy habría pasado el dedo por allí para alisarla, como si la piel fuera una camisa arrugada. Después habría hecho alguna observación sobre el pelo. Él habría protestado.

Se secó la cara, pero se quedó con la toalla en las manos.

Cuando volvió a la habitación, el teléfono vibraba sobre la cama. Un mensaje de Irene preguntaba si había leído la propuesta de la fundación. Debajo, el calendario marcaba 2009, y por un instante Chad tuvo que hacer la cuenta otra vez: tres años desde el accidente. Tres años de mensajes que le enviaban a él en lugar de a Michael, de personas que empezaban una frase por el nombre de Sandy y se detenían para elegir el verbo.

Le escribió a Irene que la leería aquella mañana. No lo envió. Iba a prometer lo mismo por tercera vez.

Abrió la computadora.

Entre avisos del banco, publicidad y dos peticiones de respuesta, había un correo recibido a las cuatro y dos. El asunto decía:

Una invitación de la COM — reencontrar un camino

Chad pasó de largo, volvió al asunto y abrió el mensaje. No conocía la sigla.

El texto cabía entero en la pantalla.

Hay momentos en que la vida pierde el rumbo y hasta el descanso deja de traer alivio. En la COM creemos que ese puede ser el comienzo de un llamado: una oportunidad de reconstruir la rutina, encontrar compañía y volver a servir a algo que tenga sentido. Si desea conocer nuestro trabajo, lo esperamos mañana a las 10:00.

A continuación venían la dirección de una torre en el centro de Florianópolis, el piso once y un nombre abreviado: P. Adanson.

La conversación inicial no exige compromiso. Si prefiere otra fecha, responda a este mensaje.

Lo leyó de nuevo. El lenguaje le pareció tomado de un folleto, hasta que volvió a la palabra descanso. El aparato seguía sobre la mesa, al lado del portarretrato; lo guardó en el cajón. Aún sentía en la palma la marca que se había hecho al apretar la sábana.

Escribió: ¿Quién es usted?

Antes de enviarlo, abrió la dirección del remitente. No la reconocía. Buscó el apellido entre los mensajes antiguos de su padre y después en el navegador. Aparecieron instituciones, consejos, fotografías de ceremonias. Adanson estaba en pies de foto largos, entre otras personas. Chad amplió una imagen hasta que los rostros se deshicieron en cuadrados.

Volvió a mirar la cama.

Debía de haber cientos de personas a quienes aquellas líneas les servirían. Aun así, Chad volvió a la hora de envío: cuatro y dos. No sabía a qué hora había empezado a soñar.

Borró la pregunta sin enviarla.

En la página del edificio encontró un teléfono. La mujer que atendió confirmó la dirección y, después de consultarlo, la visita a su nombre para la mañana siguiente.

—¿Quién la concertó?

—La oficina del señor Adanson.

—Yo no concerté ninguna visita.

La mujer esperó.

Chad miró el nombre en la pantalla.

—Déjelo como está —dijo.

Al colgar, se dio cuenta de que se había levantado de la silla.

La voz de Joana llegó desde la escalera.

—¿Chad? ¿Puedes bajar?

Él no respondió enseguida.

—¿Pasó algo?

—En la cocina, sí.

Encontró ollas en el suelo y la puerta del armario apoyada contra la pared. Joana estaba arrodillada sobre una toalla, con la manga de la blusa recogida por encima del codo. Era una mujer de rostro redondo, cabello oscuro atado bien alto y unos ojos que, a aquella hora, parecían haberse despertado antes que todo el resto de ella.

El agua había corrido por dentro del mueble. Sobre la mesa estaba el cuaderno de recetas de Sandy.

Chad lo tomó deprisa.

—Despacio. Las hojas están pegadas.

La cubierta cedió bajo sus dedos. Abrió por la página donde la tinta había dejado una sombra en la hoja de enfrente. Reconoció la letra antes de conseguir leer las palabras.

Menos azúcar. Michael no se dio cuenta.

Michael sí se había dado cuenta. Recordaba la segunda cucharada, la pausa teatral de su padre y a su madre fingiendo buscar algo en un cajón para esconder la risa.

Chad intentó separar dos páginas. Se desprendió un pedacito de papel.

—Mierda.

Joana puso la mano sobre la de él.

—Te dije despacio.

Él soltó la hoja. Había agua bajo sus pies. Tomó una toalla limpia, la extendió en la encimera y acostó el cuaderno abierto sobre ella. El movimiento exigió tanta atención que solo después advirtió el cuenco azul al lado. La línea de la reparación cruzaba el borde, fina y oscura.

—¿Ese también estaba ahí?

—Ese lo saqué primero.

Sandy se había negado a tirar el cuenco. Michael había pasado una tarde diciendo que aquel pegamento no aguantaría. En la primera cena había rechazado el cuenco; a la noche siguiente había aparecido delante de él sin comentarios. Después de eso lo había usado siempre que podía.

—Gracias —dijo Chad.

Joana recogió la toalla del suelo.

—Davi viene a ver esto a las once. ¿Te quedas?

—Me quedo.

Ella esperó hasta que él guardó el teléfono.

—Come algo antes.

—Hablas como si fuera a desmayarme de camino a la nevera.

—El camino está resbaladizo. No lo pongas fácil.

Él soltó una risa por la nariz. Tomó un pan y se quedó con la mitad en la mano mientras llevaba el cuaderno arriba. Hizo espacio en la mesa de la habitación, donde entraba el sol, apartando papeles que había guardado porque aún no había decidido si eran importantes. En la mesa junto a la cama, Sandy y Michael sonreían hacia fuera de la fotografía.

Giró la computadora para no poder ver el mensaje mientras extendía las hojas.

***

Davi llegó con una caja de herramientas que le golpeaba la rodilla a cada paso. Era delgado, llevaba el cabello casi rapado y tenía un corte reciente en la barbilla. Chad lo condujo a la cocina y se disculpó por no saber dónde se cerraba el agua de aquella parte de la casa.

—Tu padre sabía —dijo el hombre, y siguió abriendo la caja.

Chad se quedó esperando el resto. No había resto.

Mientras Davi examinaba la madera, él tomó el teléfono. El mensaje de Irene seguía sin respuesta. Le escribió que podía hablar.

Ella llamó casi de inmediato.

—Buenos días —dijo—. ¿La leíste?

—Todavía la estoy leyendo.

—¿En qué página vas?

A Chad se le escapó una risa corta.

—¿Esto es un examen?

—Esto es mañana.

Irene administraba la fundación que habían creado sus padres. Chad la imaginó con las gafas bajas sobre la nariz, comprobando un número antes de permitirse enfadarse con él. Por el teléfono oyó un teclado, después el ruido de una puerta al cerrarse.

Abrió el archivo que ella le había enviado. Era la propuesta para reunir los registros de los huertos atendidos por la fundación y reducir las visitas de los equipos a los barrios. Había marcado el primer párrafo con una pregunta y se había detenido allí.

—Mantenemos a los equipos sobre el terreno —dijo—. Yo cubro la diferencia.

—¿Y quién va a hacer las visitas? El equipo pidió este cambio porque no da abasto con los barrios.

—Contratamos a más gente.

—Tal vez. Pero necesitas escuchar a quienes van a trabajar con eso. Hay gente exhausta, Chad. La reunión es mañana a las diez y media.

Él volvió a mirar la propuesta. Todavía no había llegado a la página donde estaban los nombres del equipo.

Miró el correo de Adanson, abierto en la otra ventana.

—¿No podría ser más temprano?

—Los demás pueden a las diez y media. Tú también podías cuando confirmaste.

En la cocina, Davi lo llamó. Chad les pidió un momento a los dos y ninguno esperó en silencio: oyó a Irene apartar el teléfono para responderle a alguien, a Davi medir el mueble en voz alta. Se quedó entre la computadora y la puerta sin ir a ninguna parte.

—¿Chad? —volvió a llamarlo Irene—. No puedo defender una postura tuya si no vienes a sostenerla.

Deslizó la pantalla hasta la fotografía adjunta al proyecto. Sandy aparecía al lado de dos bancales, señalando algo fuera del encuadre.

Recordó la visita. Su madre había exigido bancos porque algunas personas no podían sentarse en el suelo. Michael había preguntado quién había pedido los bancos y ella había respondido que nadie necesitaba pedirlo para sentir dolor de rodilla.

Chad podía contar aquello en la reunión. Hasta sabía dónde pondría las manos mientras hablara.

—Dame hasta mañana temprano —pidió.

Irene soltó el aire.

—Hasta las nueve. Después de eso, mantengo el orden del día como está.

Davi necesitaba cambiar una pieza y volvería pasado mañana. Cuando preguntó a qué hora, Chad respondió que a cualquiera. Joana, que pasaba por la puerta, se detuvo.

—Por la tarde no puedo quedarme.

Él recordó la presentación a la que ella quería ir, el aviso dado más de una vez.

—Por la mañana —corrigió—. Yo me quedo por la mañana.

Joana siguió su camino. Chad la siguió con los ojos hasta que desapareció en el lavadero. Tuvo ganas de contarle lo del correo. En vez de eso, le preguntó a Davi cuánto costaría la pieza.

***

Pasó la tarde alternando entre el archivo de la fundación y el apellido Adanson. En las fotografías de ceremonias había encontrado a la misma gente que solía escribirle a Michael. No había visto a su padre en ninguna. Aun así, al entrar en el despacho fue a las carpetas de la familia antes de volver a la propuesta de Irene.

Buscó el apellido en la correspondencia que conseguía abrir. Cuando la búsqueda llegó a los documentos del accidente, no los excluyó. No había motivo para relacionar aquella invitación con la

caída. Estaba la costumbre de acabar allí cada vez que intentaba entender lo que había cambiado en su vida. El informe empezaba con fecha, aeronave y lugar. Conocía el orden de los títulos, las siglas, las fotografías que evitaba ampliar.

Buscó el apellido. Ningún resultado.

En 2006, a los diecisiete años, había sentido rabia contra cada palabra que no le devolvía a sus padres. Ahora recorría aquellas mismas páginas en busca de algo que pudiera haber pasado por alto. Volvió al principio dos veces. A la tercera cerró el archivo.

En la estantería baja había otra fotografía, más pequeña, en un portarretrato de madera. Melly miraba a alguien fuera de la imagen, con el cabello oscuro escapándose del peinado. Sandy había dicho que las dos habían sido amigas antes de que ninguna pensara en tener hijos.

Chad había crecido sabiendo que aquella era la mujer que lo había dado a luz. También sabía que había muerto en el parto. De pequeño había preguntado si había sido culpa suya. Sandy lo había atraído a su regazo tan deprisa que se le había caído al suelo el juguete que sostenía.

Recordaba mejor la fuerza de aquel abrazo que la respuesta entera.

Durante algún tiempo había intentado imaginar una voz para Melly. Todas acababan pareciéndose a la de Sandy, y eso lo irritaba. Después había crecido, había tenido otras preguntas, había aprendido a aplazar algunas. En la fotografía, su madre seguía teniendo casi la edad que él tenía ahora.

Tomó el portarretrato, examinó el borde gastado por el pulgar de alguien y volvió a ponerlo en el mismo lugar.

Volvió al correo. Nada allí hablaba de Michael, Sandy o Melly.

Tenía el número del abogado de la familia abierto en el teléfono. Bastaría con llamar. Imaginó explicar que había recibido una invitación

de una organización desconocida y había decidido ir a la hora de la reunión de su propia fundación. Podía oír la pregunta siguiente: ¿qué esperaba encontrar allí? Todavía no tenía una respuesta que pudiera decir sin sentirse ridículo.

Apagó la pantalla.

Antes de cenar, envió a Irene su objeción a la reducción de las visitas. Escribió que deberían estudiar la posibilidad de un equipo más grande, releyó la frase y advirtió que seguía debiendo la conversación que ella le había pedido. Lo dejó para resolverlo por la mañana.

En la cocina comió en el cuenco azul, de pie junto a la encimera. Escribió la dirección de la torre en una hoja, añadió el piso y la hora. La dobló y la metió en un sobre para Joana: si no volvía al final de la tarde, ella debía llamarlo; si no contestaba, debía llamar al despacho de la familia.

Puso el sobre al lado del cuenco.

***

Durmió poco. Cuando volvió a despertarse dejó el cajón cerrado y fue directo a la ducha. Tenía que conducir.

A las nueve y seis, Irene escribió para preguntarle si haría la prueba de sonido a las diez y veinte. Chad leyó el mensaje con una mano en el tirador del armario. La ropa que había elegido para ir a la torre estaba sobre la cama.

En la otra ventana, el correo seguía ofreciendo otra fecha. Bastaba con responder. Chad llegó a escribir que prefería la semana siguiente y se quedó mirando las palabras.

La semana siguiente encontraría otra cosa que resolver primero. Era lo que se decía desde hacía meses; tal vez lo estaba usando ahora porque no quería entrar en una sala y explicar una propuesta que apenas había leído. La reunión de la fundación le daba trabajo antes siquiera de empezar. La torre todavía podía ser cualquier cosa.

Borró el borrador.

La llamó.

—No voy a poder.

Hubo un breve silencio.

—¿Pasó algo?

—Tengo que resolver un asunto.

—¿Qué asunto?

Él miró el cuaderno de recetas abierto al sol.

—Personal.

Irene no insistió.

—¿Mantienes tu objeción?

Si mantenía la objeción, Irene tendría que defenderla sin él.

Se sentó en el borde de la cama.

—Retírala —dijo—. Puedes seguir con la propuesta.

—¿Entendiste que las visitas dejan de ser regulares?

—Lo entendí.

—Necesito que me lo mandes por escrito.

Él lo envió. La confirmación de Irene llegó antes de que terminara de atarse los zapatos deportivos.

Al bajar encontró a Joana secando la encimera. El cuenco ya estaba lavado; el sobre, de pie contra él.

—¿Vas a tardar?

—No sé.

—Dejaste una dirección.

—Por si acaso.

Ella levantó los ojos.

Chad estuvo a punto de decir que todo estaba bien. En vez de eso, tomó las llaves.

—Mañana me quedo con Davi —le recordó—. Puedes ir a tu presentación.

—Lo sé. Lo anoté.

Él abrió la boca, la cerró. Joana volvió a pasar el paño sobre un lugar ya seco.

En la puerta, Chad comprobó la hora: nueve y veinte. El jardín aún guardaba humedad en las zonas de sombra. Una hoja le rozó el antebrazo al pasar, y él se volvió demasiado deprisa.

La planta se quedó oscilando detrás de él.

Capítulo 2 — La invitación

Dentro del túnel, Chad apagó la radio.

La voz siguió un segundo después de que apretara el botón, perdida entre los motores. Delante, las luces rojas de un autobús teñían el cristal. Aumentó la distancia, apoyó la cabeza en el asiento y esperó a que avanzara el tráfico. Había salido de casa a las nueve y veinte. Faltaban veintiséis minutos. En el mapa, el túnel Deputada Antonieta de Barros era una raya; allí dentro cabía la mañana entera.

El teléfono vibró en el asiento del acompañante.

No era Adanson. Un mensaje automático le recordaba la prueba de sonido de la fundación. Chad puso el aparato boca abajo. Ya había avisado a Irene. Su silla podía quedar vacía sin que tuvieran que buscarlo.

Pensó en Joana decidiendo cuándo abrir el sobre. Había escrito instrucciones como quien toma una precaución sensata y le había dejado a ella el trabajo de decidir en qué momento obedecer. Quiso llamarla. Los coches avanzaron; siguió al autobús hasta salir del túnel.

La bahía apareció entre los edificios, un trozo de agua blanquecina que el sol aún no dejaba mirar bien. Chad conocía el camino desde el asiento trasero. Sabía el punto en que Michael solía interrumpir una conversación para señalar algo en la calle y recordaba la impaciencia con que le pedía que terminara lo que estaba contando. Aquella mañana se equivocó de entrada al estacionamiento y tuvo que dar la vuelta a la manzana.

Un guardia comprobó su nombre. La barrera se levantó.

En el vestíbulo de la torre, una mujer sostenía una caja de cartón contra la cadera mientras discutía por teléfono. Chad esperó detrás de ella, oyendo volver la misma frase con distintas palabras: ella estaba allí, los documentos estaban allí, el responsable tenía que bajar. Cuando le tocó el turno, dio el nombre del hombre al que buscaba.

—Peter Adanson —completó la recepcionista.

Imprimió una tarjeta. La pequeña fotografía lo había captado con los labios separados, a punto de preguntar otra cosa.

—Undécimo piso.

Chad guardó la cartera. En el espejo del ascensor intentó borrar con el pulgar una marca junto al cuello de la camisa. El pelo se le había secado torcido. Desistió antes de llegar.

La asistente lo condujo por un pasillo sin logotipos. Dos puertas cerradas, una sala de reuniones vacía, plantas bajo una franja de luz. Chad contó las puertas por el camino. Cuando la mujer abrió la última, el hombre junto a la ventana se volvió tan deprisa que el faldón de la chaqueta se separó de su cuerpo.

—Chad.

El saludo quedó solo un instante.

Peter tenía el pelo castaño, plateado en las sienes, y una línea profunda que descendía a cada lado de la boca. Llevaba abierto el primer botón de la camisa. Había en él una familiaridad incómoda, algo que Chad casi reconocía cuando el rostro se movía y perdía cuando se quedaba inmóvil.

El hombre le tendió la mano.

—¿Tú mandaste el correo?

Peter la retiró.

—Sí.

—¿A quiénes les mandan esa invitación?

La asistente salió. Peter siguió su movimiento y esperó a que la puerta quedara cerrada.

—A personas que quizá quieran conocer nuestro trabajo. El mensaje presenta la COM; no es una evaluación de ti.

—Parece saber bastante de quien lo recibe.

—Habla de cosas que mucha gente atraviesa. Pérdidas, falta de rumbo, malas noches. Hay quien lo llama un llamado de Dios. Hay quien solo necesita a alguien con quien hablar. No tienes que aceptar nuestra explicación para venir aquí.

Chad examinó su rostro. La respuesta restaba importancia al mensaje, y eso lo dejó a la vez aliviado y un poco ridículo por haber pasado la noche pensando en él.

—Entonces no sabes por qué vine.

Peter no respondió enseguida. Chad se volvió hacia la puerta, pero el hombre volvió a hablar:

—Conocí a Michael. Y a Sandy. Tengo correspondencia que no recibiste sobre el último viaje.

Chad abrió la puerta. La asistente levantó la mirada al otro lado del pasillo.

Se quedó sujetando el picaporte hasta que ella volvió a su trabajo. Después cerró la puerta y miró de nuevo a Peter.

—Si es otra copia del informe, me voy.

El hombre tomó un mando de la mesa. En la pared apareció la fotografía de un avión en tierra, con una escalerilla junto a la puerta. Chad conocía los colores, la forma de las ventanillas. Durante los últimos tres años, el avión había existido para él en fotografías de metal retorcido; verlo entero le produjo un vértigo que tuvo que disimular apoyando la mano en una silla.

—¿Es de ese día?

—Del último viaje. La imagen llegó de un proveedor de servicios. Te daré la referencia.

Chad se acercó. Dos hombres estaban junto al tren de aterrizaje. Ninguno miraba a la cámara. Buscó a Sandy en el hueco de la puerta hasta que la oscuridad se volvió solo oscuridad.

—¿Hay algo sobre el accidente?

Peter bajó el mando.

—No tengo pruebas de otra causa.

El sistema de ventilación dio un chasquido. Chad siguió mirando la pantalla.

—Tu invitación hablaba de reconstruir la vida.

—No de devolverte lo que perdiste.

—¿Y me enseñas esto así?

—Debí haberte preguntado antes.

Se volvió tan deprisa que la silla arañó el suelo.

—Quítalo.

Peter apretó el botón. El avión desapareció y dejó la pared grande y oscura.

Chad fue al aparador, tomó un vaso y se sirvió agua. La jarra golpeó dos veces el borde. Bebió un sorbo y luego otro. Detrás de él oyó a Peter apartar una silla de la mesa.

—Pensé que debía empezar por lo que puedo entregarte —dijo el hombre.

—Podías haber empezado preguntándome qué quería ver.

—Sí. La correspondencia es tuya. Puedo preparar copias, y las lees cuando quieras.

—Primero dime qué hay ahí.

Peter dejó el mando sobre la mesa. Chad esperó con el vaso apretado en la mano. La fotografía lo había golpeado antes de que pudiera elegir si quería verla; la carpeta, ahora, estaba cerrada delante de los dos. Podía llevársela. También podía preguntar allí, mientras había alguien que respondiera.

Se sentó en la silla que el hombre había apartado.

—Háblame de su vida.

Peter acercó la carpeta y tardó en abrirla. Chad vio el pequeño esfuerzo de un dedo por soltar el cierre.

La primera hoja era una rendición de cuentas. Transporte, mantenimiento, materiales. La firma de Michael estaba al pie; más arriba había corregido una fecha y había tenido que volver a corregirla. Chad pasó el pulgar por el margen.

—Siempre hacía eso —murmuró.

—¿Qué?

—Intentaba arreglar el número y lo dejaba peor.

Peter miró la hoja como si solo entonces reparara en los dos intentos.

—Yo mandaba otra copia. Él se quejaba del desperdicio.

Un recuerdo demasiado pequeño para servir de prueba y lo bastante exacto para herir.

La página siguiente mencionaba un instituto ambiental. Había cartas, dos actas de reuniones y fotografías. Chad las fue extendiendo despacio. Sandy aparecía de perfil, con el índice levantado ante una mesa llena de tazas. Michael tenía las gafas en la mano. Parecían estar en plena discusión, y fue un alivio absurdo encontrarlos a los dos demasiado ocupados para sonreír.

—¿Qué estaba diciendo?

Peter se inclinó para mirar.

—Que habían traído seis sillas para ocho personas.

Chad miró los bordes de la imagen. Una mujer estaba de pie, casi cortada por el encuadre.

—Claro.

—Habían pedido que empezáramos. Sandy no empezó.

Peter giró la fotografía por una esquina para quitarle el reflejo. Chad acercó la silla; una pata se enganchó en la alfombra y tuvo que levantarla para llegar a la mesa.

—¿Se quedó de pie?

—Casi todos. Por ella. Yo ya me había sentado.

Chad miró el borde de la imagen. Solo aparecía parte de una silla, detrás de Michael.

—¿Tú dónde estabas?

Peter señaló un lugar fuera del papel.

—Aquí. Pensé que podíamos empezar mientras traían las otras.

—¿Y ella?

—Preguntó si los que estaban de pie tenían que escuchar.

Chad soltó el aire por la nariz.

—Preguntaba sabiendo la respuesta.

—Y yo dije que sí.

Peter sonrió mirando la fotografía. Chad tenía la yema del dedo sobre la taza más cercana a su madre. La retiró para ver la mano entera.

—Dijeron que tardarían un minuto —continuó Peter—. Tu padre empezó a hablar de cualquier cosa para pasar el rato. Ella se quedó mirándolo.

—Hasta que se calló.

—No se calló. Le pidió que le quitara un hilo de la manga. Un hilo que no estaba ahí.

Chad levantó los ojos.

Michael hacía aquello a la mesa cuando Sandy se enfadaba. Se señalaba el hombro, esperaba a que ella se acercara e intentaba besar la mano que venía a arrancar la pelusa. A veces recibía un manotazo. Chad se había cansado tanto de verlo que había aprendido a anunciarlo antes: No va a salir bien, papá.

—¿Lo agarró?

Peter negó, aún sonriendo.

—Le dijo que fuera a ayudar a buscar las sillas.

La risa de Chad salió demasiado alta para la oficina. Se detuvo con la boca abierta. Peter lo miró, y la sonrisa del hombre cambió; Chad bajó deprisa la cabeza, volviendo a la mano de Sandy.

—En casa ella caía en la trampa.

—¿Ah, sí?

Le dio rabia haberlo contado. Peter esperaba más, con el rostro vuelto por entero hacia él. Chad estiró una pierna bajo la mesa y retrocedió hasta sentir el respaldo.

—¿Después llegaron las dos? —preguntó.

—Primero llegó una. Más baja que las otras. Michael la probó y le quedaron las rodillas casi aquí.

Peter se señaló el pecho. El gesto desentonaba con la camisa bien planchada, con la mesa sin marcas.

—No era tan grande.

—En aquella silla, sí.

Chad volvió a la foto. Su padre sostenía las gafas con una patilla abierta sobre la muñeca. Lo imaginó en el asiento bajo, quejándose con

Sandy como si ella hubiera construido el mueble.

—¿Ella se reía?

—Mucho. Pero bajito. Michael preguntó si tenía algo en la cara. Ella dijo que solo alcanzaba a verle la frente.

Chad apoyó la fotografía en la mesa. Abrió la boca, y lo que salió fue otra risa, más breve. Se pasó la mano por debajo de la nariz.

Peter seguía con los ojos en la imagen. Una mano se le había quedado sobre la carpeta. Solo movía el pulgar, frotando el cierre.

Peter tardó en volver a hablar.

—Cuando por fin la trajeron, ya habían olvidado qué era lo primero que íbamos a discutir. Michael dijo que debía de ser muy importante.

—Decía eso de todo lo que olvidaba.

Peter asintió y volvió a las hojas. Chad apoyó la mano en la primera antes de que él la retirara.

—Espera. Aquí ella sigue de pie.

—Fue antes.

—¿Y por qué se quitó las gafas mi padre?

Peter se acercó la foto al rostro.

—No recuerdo.

Chad quiso saber si Michael acababa de reír, si Sandy hablaba con él o con la mujer del borde.

—Quizá fue cuando...

Peter se detuvo. Chad levantó la cabeza, esperando.

—De verdad que no recuerdo —dijo el hombre.

Chad asintió. Sostuvo la foto por los dos bordes. En el rostro de su madre había una arruga profunda junto a la nariz, una concentración que en las fotos familiares solía durar solo hasta que advertía la cámara. Allí ni siquiera lo sabía. Podría pasarse la mañana mirando.

—No le gustaba que le apartaran la silla —dijo, sin dejar de mirar—. Mi padre intentaba hacerlo en los restaurantes. A veces ella ya se estaba sentando.

Peter rio, un sonido bajo que se quebró al final.

—Me lo imagino.

Chad miró hacia la ventana. Desde donde estaba veía el encuentro de dos edificios y un trozo de cielo. En casa, Sandy apartaba la silla con el pie mientras llevaba el plato. La madera raspaba, la comida casi se deslizaba, él le pedía que esperara porque el programa ya estaba terminando. La televisión nunca era tan buena después de que ella se fuera a comer sola.

—¿Fue un buen día? —preguntó.

Peter tardó lo suficiente para que se arrepintiera.

—Sí. Después de las sillas. Creo que los dos se divirtieron más que yo.

El rostro de Chad se contrajo antes de que pudiera elegir una expresión. Devolvió la foto a la mesa. Peter siguió separando los papeles, pero con menos precisión. Dejó que una hoja cubriera parte de otra, buscó un anexo que tenía delante.

—Quería haberte enseñado esto antes.

—Podías haberlo mandado por correo.

Peter se detuvo.

—Sí.

Chad tomó otra fotografía.

Michael sostenía una bandeja dentro de un invernadero. Una manga estaba remangada más arriba que la otra. El peso lo obligaba a separar los codos, y reía con los ojos casi cerrados. Había una grieta en el costado de la bandeja. Chad se acercó la imagen al rostro.

—¿Quién la tomó?

—No sé. La copia estaba con el material de la visita.

—¿Tú estabas allí?

—Esa mañana, no.

Miró a Peter, sorprendido por la decepción. Quería que alguien completara lo que quedaba fuera de aquella fotografía.

El hombre abrió el último pliegue de la carpeta y sacó una tarjeta con un nombre escrito a mano.

—Helga trabaja en el instituto. Trabajó con tu padre. Tal vez lo sepa.

Chad leyó el nombre, el teléfono, una dirección. Debajo estaba el número antiguo del proyecto. Por primera vez desde que había llegado, algo que Peter le ofrecía conducía fuera de aquella sala.

—¿Ella sabe que me llamaste?

—No he hablado con ella de ti.

Chad guardó la tarjeta en el bolsillo de la camisa.

—Quiero llevarme la foto.

—La aparté para ti.

La respuesta llegó demasiado deprisa. Peter puso los dedos sobre el margen, acercándole la fotografía, y los retiró antes de que Chad tuviera que pedírselo.

Chad acercó la imagen de Sandy a la otra.

—Esta también.

Peter soltó la carpeta.

—Sí.

Una esquina doblada amenazaba con engancharse en la fotografía del invernadero. Chad la alisó con cuidado. Peter extendió la mano y él acercó las dos a su vaso antes de que llegaran los dedos del hombre.

—El agua —dijo Peter.

Una gota bajaba por el cristal. Chad apartó el vaso y acomodó las fotos en el espacio seco. La manga de su padre parecía rozar el brazo de Sandy, aunque entre las dos imágenes hubiera una franja blanca.

Peter siguió el movimiento. Chad pensó en pedirle otra historia. Ya tenía la tarjeta de Helga, ya se llevaría aquellas fotos; aun así, volvió a acercar la silla a la mesa.

Durante un rato, los dos se quedaron sentados ante Michael riendo.

Sonó el teléfono de la mesa. Peter lo silenció. En el pasillo alguien buscaba a la asistente, una voz que atravesaba el cristal. Chad sintió hambre por primera vez aquella mañana.

—¿A qué te dedicas?

Peter se recostó. Parecía más cómodo al recibir la pregunta.

—A una red de conservación e investigación. Custodiamos archivos, materiales, objetos que no pueden ponerse en circulación de cualquier manera. Algunos proyectos son públicos. En estos que estás viendo participaron tus padres.

—¿Y los otros?

—Tienen acceso restringido.

—¿Por ti?

—Entre otras personas.

Chad acercó la rendición de cuentas. Su padre había pagado reparaciones, transporte y equipo para algo que no se molestaba en tener una placa en la puerta.

—¿Cómo se llama?

—Círculo de la Orden Moral.

Levantó el rostro.

—¿En serio?

—Usamos COM.

—¿Escucharon el nombre en voz alta antes de decidirlo?

Peter se pasó la mano por la boca. Esta vez hubo el principio de una sonrisa.

—Es un nombre antiguo.

—Eso pasa con los nombres malos.

La sonrisa desapareció cuando Chad señaló la firma.

—¿Mi fundación forma parte?

—No. Michael financió trabajos al margen de ella y algunos mediante colaboraciones. Tu fundación tiene un consejo, equipos y una actividad propia. Lo que Irene administra es lo que figura en los programas.

—Conoces a Irene.

—La conocí trabajando con Michael.

Chad miró hacia el teléfono en el bolsillo. Quería abrir la conversación, comprobar si la mujer seguía en el mismo mundo en que la había dejado a las nueve y seis.

—¿Mi padre lo sabía todo?

Peter tardó.

—No todo lo que sé yo. Conocía los proyectos en los que participaba.

—¿Y estaba de acuerdo?

—A veces. Tu padre no era una persona muy ahorrativa cuando discrepaba.

—Con el dinero sí.

—También retiraba dinero.

La respuesta desordenó la secuencia que Chad había empezado a armar. Financiación, secreto, avión. Volvió a la fotografía apagada en la pared.

Peter siguió su mirada.

—No tengo nada que convierta el accidente en un castigo, Chad.

—Yo no dije eso.

—Lo sé.

Chad odió que se hubiera dado cuenta. Peter había introducido el avión en aquella conversación; ahora todo parecía amenazante.

—Entonces no vuelvas a usar el avión.

—Está bien.

Entre los documentos había fotografías de cultivo. Chad distinguió hojas conocidas entre plantas que no habría sabido nombrar. Vio una tela verde sobre una mesa de trabajo, recipientes etiquetados, guantes colgados para secarse.

—¿Marihuana?

—El cannabis forma parte del trabajo.

—Imagino que también sabes eso de mí.

Peter no fingió no entender.

—Sé que consumes.

Chad apartó la fotografía.

—Empecé después. Después de ellos.

—Entiendo.

—No vino de mi padre.

—No dije que viniera de él.

La contención del hombre lo irritaba. Casi prefería una acusación de la que pudiera defenderse. Peter fue a la ventana y ajustó la persiana; la franja de sol que cruzaba el rostro de Chad se desplazó al suelo.

El alivio llegó antes que cualquier agradecimiento. No le dio las gracias.

—¿Cómo sabías que me molestaba la luz?

—Cierras el ojo izquierdo cuando me miras.

Chad se dio cuenta de que seguía haciéndolo. Abrió los dos.

Peter volvió a sentarse, ahora en la silla al lado de la mesa, sin el mueble entero entre los dos. No se acercó más.

—Hay un trabajo que puede ayudarte a comprender lo que te pasa. Conozco gente que se lo toma en serio.

—Mi médico se lo toma en serio.

—Muy bien.

—No hables así.

Peter apoyó las manos en las rodillas. Tenía una uña cortada demasiado al ras, la piel roja junto al borde.

—Quiero que conozcas un lugar antes de decidir qué piensas de él.

Chad miró las plantas de la fotografía. A veces, después de consumir cannabis, sentía que el jardín cambiaba de escala sin cambiar de tamaño. Otras no pasaba nada aparte de la garganta seca, del hambre, de una música que parecía nueva. Nunca sabía qué experiencia buscaba hasta que algo faltaba.

—A veces veo... —empezó.

Peter alzó ligeramente la cabeza.

Fue ese movimiento, la atención inmediata, lo que lo hizo continuar.

—No es ver. La planta de abajo parece que está aquí.

Abrió la mano sobre el muslo. El recuerdo de la gota en la hoja había vuelto con una nitidez alegre que lo cohibía ante el hombre de traje.

Peter miró la mano.

Chad la cerró.

—Olvídalo.

—No tienes que explicarlo ahora.

El teléfono volvió a vibrar sobre la mesa. Peter rechazó la llamada. Chad ya le había dado más de lo que pretendía; el silencio que siguió parecía una forma de esperar lo demás.

—¿Vas a seguir preguntando hasta que diga algo que te sirva?

El hombre se levantó, esta vez para atender a la asistente que había llamado a la puerta. Ella dijo en voz baja que llevaban veinte minutos esperando. Peter miró el reloj.

—Les devolveré la llamada.

—Necesito darles una hora.

Por un instante Chad vio el fastidio cruzarle el rostro. Peter volvió a mirar la mesa, los documentos extendidos, y dijo que llamaría al mediodía. La asistente asintió y salió.

Cuando volvió, Peter dejó la puerta entreabierta.

—Quiero que vengas a entrenar. No solo a hablar conmigo. Hay cosas que puedes aprender a hacer sin depender de lo que yo te cuente.

—¿Y tú qué ganas?

—Tenerte cerca.

El hombre dijo eso antes de la respuesta más larga. Pareció darse cuenta y no lo retiró.

Chad se quedó mirándolo.

—¿Por qué?

—Me han llegado noticias de consultas sobre ti. Sobre la fundación. Hay intereses que no quiero que lleguen primero.

—¿De quién?

Peter tomó aire. Chad reconoció la preparación de la negativa.

—No voy a darte nombres sin poder mostrarte qué hicieron.

—Entonces llegas primero y solo después me dices de quién debo tener miedo.

—Sí.

—Deja de darme la razón como si eso arreglara algo.

Peter apartó la silla con fuerza suficiente para hacer ruido. Se quedó de pie a su lado y, durante unos segundos, pareció no tener dónde poner las manos.

—Tienes razón en estar enfadado —dijo, y se detuvo al ver el rostro de Chad—. Está bien. No lo repetiré.

Del pasillo llegó la risa de la asistente, breve, dirigida a otra persona.

Chad recogió la fotografía de Michael.

—Si no quiero tu Orden, ¿puedo quedarme con esto?

—Sí.

—¿Puedo hablar con Helga?

—Claro.

—¿Puedo volver aquí y preguntar por ellos sin aceptar trabajar para ti?

Peter apoyó los dedos en el respaldo de la silla.

—Sí.

Chad quería creer aquella última respuesta. Ese deseo era peor que la amenaza difusa de alguien buscándolo. Había pasado tres años recibiendo un cambio en el rostro de las personas cuando decía el nombre de sus padres. Peter podía hablar de Sandy esperando la última silla, de Michael quejándose de otra copia. Estaba vivo y sabía cosas que no terminaban en el accidente.

—Quiero las referencias del viaje hoy.

—Te las mandaré.

—Voy a comprobarlas antes de volver.

—Está bien.

Empezó a guardar los papeles. Peter le pasó una carpeta vacía. Chad puso las fotos entre las hojas más grandes, alineó las esquinas con más cuidado del que habría dedicado a cualquier documento del consejo.

—¿Todavía trabajan en el invernadero? —preguntó.

—Parte del proyecto continúa. Ha cambiado bastante.

—¿Qué iba a hacer allí mi padre?

—Pregúntale a Helga. Le gustará más contártelo que oírme contarlo mal.

Había ternura en la manera en que Peter miró la fotografía antes de que Chad la cubriera. Quiso preguntarle si los extrañaba. La pregunta era demasiado íntima para aquella sala; demasiado íntima después del correo, y aun así se le quedó atrapada detrás de los dientes mientras buscaba el teléfono y la cartera.

En la puerta, Peter sujetó la hoja que casi se había escapado de la carpeta.

Sus dedos se tocaron un instante.

—¿Por qué pareces...? —empezó Chad.

El hombre esperó.

—Parece que me conoces.

Peter le devolvió la hoja.

—Sigo tu vida desde hace mucho tiempo.

—No fue eso lo que pregunté.

A lo lejos, el ascensor anunció su llegada. Peter miró hacia el sonido y luego hacia él.

—Me habría gustado llegar de otra manera.

—Tú elegiste esta.

Chad salió antes de que el hombre le diera la razón.

Al bajar, apretó la carpeta contra el cuerpo. La tarjeta provisional se enganchó en el bolsillo. Tiró de ella con impaciencia y le quedó una pequeña marca roja en el dedo. Tenía que devolverla en recepción; tenía que recordar en qué piso había estacionado. La suma de cosas simples casi lo hizo reír.

Afuera cruzó hasta un café y se sentó mirando hacia la torre. Pidió agua, un sándwich y un sitio donde cargar el teléfono. Cuando la empleada trajo el pedido, apartó deprisa la carpeta para que no pusiera el plato encima.

Irene había enviado el resultado de la reunión. La propuesta se había aprobado; se revisaría al cabo de seis meses. Los equipos tendrían acceso a las copias, las visitas dejarían de ser regulares, su declaración figuraba en los anexos.

Chad lo leyó todo. Respondió que lo había recibido.

Después escribió a Joana: Salí de la reunión. Voy a comer antes de volver. Estoy bien para conducir.

Borró la última frase. Solo escribió que llegaría por la tarde y lo envió.

La respuesta tardó tres minutos: De acuerdo.

Comió la mitad del sándwich. El papel se había roto, la salsa escurría por debajo y no tenía ganas de arreglarlo. Abrió la carpeta entre el plato y la pared.

Michael reía dentro del invernadero.

Chad observó la camisa manchada, las mangas desiguales, los hombros haciendo fuerza bajo el peso de la bandeja. Acercó el rostro, como si pudiera oír a la persona que estaba al otro lado de la cámara.

Su padre no sabía que aquella mañana cabría algún día en un trozo de papel.

Una empleada preguntó si podía llevarse el plato. Él asintió sin mirar.

Solo se dio cuenta de que todavía tenía hambre después de que ella se alejara.

Guardó la foto, sacó la tarjeta del bolsillo y llamó al instituto.

Fin de la muestra gratuita — Prólogo, Capítulo 1 y Capítulo 2 de Green Veil: La herencia oculta.

DONDE TERMINA LA MUESTRA

El Capítulo 3 empieza aquí.

Chad guardó la foto de Michael, sacó la tarjeta del bolsillo y llamó al instituto. Lo que responde al otro lado abre el resto de la historia.

RECIBIR AVISO CUANDO ABRA EL LIBRO I

https://greenveil-zeta.vercel.app/?lang=es#pedido

Deja tu correo o @ de Instagram en la página oficial para recibir un aviso humano directo en cuanto la edición completa esté disponible.

Instagram @green_veil_universe · YouTube @GreenVeilUniverse · growxco@gmail.com